

El Evangelio del Sacrificio de Abraham

NO. 869

**SERMÓN PREDICADO LA NOCHE DEL DOMINGO 2 DE MAYO DE 1869,
POR CHARLES HADDON SPURGEON.**

***“El que no eximió ni a su propio Hijo,
sino que lo entregó por todos nosotros.”
Romanos 8:32.***

Hemos seleccionado este versículo como nuestro tema, pero nuestro verdadero texto lo encontrarán en el capítulo 22 del Génesis, que es la narración que leímos esta mañana en su totalidad y de la que hablamos en detalle en nuestro comentario. Pensé que era conveniente concentrarme en un solo punto esta mañana, sobre la base que una sola cosa a la vez es mejor y por consiguiente, me esforcé en dirigir la contemplación de ustedes al ejemplo sin par de obediencia santa y llena de fe que el padre de los fieles nos presentó cuando ofreció a su hijo.

Pero sería una forma muy injusta de manejar la Santa Escritura si dejáramos un tema como este, tan lleno de Cristo, sin considerar el carácter de tipo que tiene toda la narración. Si en algún lugar del Antiguo Testamento se simboliza al Mesías, ciertamente debe verse sobre el Monte Moriah, donde el amado Isaac, atado voluntariamente y colocado sobre el altar, es el símbolo vivo del Amado del Cielo, dando su vida como rescate. No dudamos que un gran objetivo de toda esta transacción fue el proporcionarle a Abraham una visión más clara del día de Cristo. La prueba era realmente un grandioso privilegio encubierto: revelar al Patriarca, como en efecto así fue, el corazón del grandioso Padre en su gran acto de amor a los hombres, desplegando al mismo tiempo la obediencia voluntaria del grandioso Hijo quien gozosamente se convirtió en un holocausto para Dios.

El Evangelio de Moriah, que no es sino otro nombre del Calvario, fue mucho más claro que la revelación hecha en la puerta del Paraíso, o la revelación hecha a Noé en el arca, o al mismo Abraham, en cualquier ocasión anterior.

Oremos para compartir el privilegio del renombrado amigo de Dios, a medida que estudiemos la redención bajo la luz que hizo feliz a Abraham.

Sin detenernos en un largo prefacio, por el que no tenemos ni tiempo ni inclinación, primero *trazaremos un paralelo entre la ofrenda de Cristo y la ofrenda de Isaac*. En segundo lugar mostraremos *cómo el sacrificio de Cristo va muchísimo más allá de este tipo tan edificante*. ¡Oh, bendito

Espíritu de Dios, toma de las cosas de Cristo en esta hora y muéstralas a cada uno de nosotros!

I. Primero, EL PARALELO. Ustedes conocen el relato que nos ocupa. No necesitamos repetirlo excepto conforme lo vayamos incorporando a nuestra meditación. De la misma manera que Abraham ofreció a Isaac, y así se podría decir de él que, “no eximió ni a su propio Hijo,” así, el siempre bendito Dios ofreció a Su Hijo Jesucristo y no lo eximió. Hay una similitud en la persona ofrecida. Isaac era hijo de Abraham y en un sentido enfático, su único hijo. De allí la angustia de destinarlo al sacrificio.

Hay un profundo significado en la palabra: “único” cuando se aplica a un niño. Para el corazón de un padre, su único hijo es tan querido como su propia vida. Ni el oro de Ofir, ni las brillantes joyas de la India se pueden comparar con él. Quienes han sido bendecidos con una aljaba llena de flechas, es decir, que tienen muchos hijos, encontrarían que es sumamente difícil, si uno de ellos debiera serles arrebatado, decidir quién de todos sus hijos debe ser. Mil angustias partirían sus corazones al elegir a uno de los siete o de los diez, a quien sobre su frente pálida y fría como la arcilla tendrían que imprimir, un último beso lleno de ternura.

¡Pero, cuál no sería el dolor de ustedes si tan sólo tuvieran un hijo! ¡Qué agonía el ver arrancada de ustedes a la única prenda de su mutuo amor, a su único descendiente! Cruel es el viento que levanta de raíz al único heredero del antiguo árbol. Ruda es la mano que corta a la única flor del rosal. Despiadado destructor, privarte a ti de tu único heredero, la piedra angular de tu amor, el pilar pulido de tu esperanza ¡Juzguen ustedes pues la tristeza que atravesó el corazón de Abraham cuando Dios le ordenó que tomara a su hijo, su único hijo, y lo ofreciera como un holocausto! Pero no tengo lenguaje con el que pueda hablar del corazón de Dios cuando Él renunció a su Hijo Unigénito.

En lugar de intentar lo imposible, me debo contentar con repetir las palabras de la Santa Escritura: “Porque de *tal manera* amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree no se pierda, mas tenga vida eterna.”

Nada sino un amor infinito hacia el hombre pudo haber conducido a Dios a lastimar a su Hijo y exponerlo al sufrimiento. Jesucristo, el Hijo de Dios, es, en su naturaleza divina, uno con Dios, de la misma manera igual y eterno como Él, su Unigénito Hijo de manera misteriosa y desconocida para nosotros. Como el Hijo Divino el Padre nos lo dio: “Un hijo nos es dado, y se llamará su nombre: Dios Fuerte.”

De acuerdo con el saludo del ángel a la Virgen, nuestro Señor, como hombre, es el Hijo del Altísimo, “El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra, por lo cual también el santo Ser que nacerá será llamado Hijo de Dios.” En su naturaleza humana Jesús no fue eximido, sino que tuvo que sufrir, sangrar y morir por nosotros. Dios y hombre en una persona, siendo las dos naturalezas maravillosamente combinadas, Él no fue eximido sino que fue entregado por todos sus elegidos. ¡Aquí hay amor! ¡Contémplo y admírenlo! ¡considérenlo y maravíllense! ¡El Hijo amado es hecho un sacrificio! Él, el Unigénito, es herido por Dios y afligido y exclama, “¡Dios mío, Dios mío! ¿Por qué me has desamparado?”

Recuerden que, en el caso de Abraham, *Isaac era el hijo de su corazón*. No necesito extenderme en eso. Se pueden imaginar fácilmente cómo lo amaba Abraham; pero en el caso de nuestro Señor ¿qué mente puede concebir cuán cercano y querido era nuestro Redentor para el Padre? Recuerden esas maravillosas palabras de la Sabiduría Encarnada, “con él estaba yo, como un artífice maestro. Yo era su delicia todos los días y me regocijaba en su presencia en todo tiempo.” Nuestro glorioso Salvador era en mayor grado el Hijo del amor de Dios, que Isaac era el bien amado de Abraham. La eternidad y lo infinito entraron en el amor que existía entre el Padre y el Hijo.

Cristo en su naturaleza humana era incomparablemente puro y santo, y en Él habitaba corporalmente la plenitud de la Divinidad; por eso Él era en gran manera agradable al Padre, y ese deleite era públicamente atestiguado en declaraciones que se podían oír: “Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia.” Sin embargo no lo eximió, sino que lo hizo el sustituto de nosotros pecadores, lo hizo como una maldición por nosotros, colgado en un madero. ¿Tienen un hijo favorito? ¿Tienen a alguien que anida en su pecho? ¿Tienen a uno más querido que todos los demás? Entonces si fueran llamados a separarse de él, ustedes serían capaces de estar en comunión con el grandioso Padre al entregar a Su Hijo.

Recuerden, también, que *Isaac era un hijo sumiso y obediente en grado sumo*. Tenemos prueba de ello en el hecho de que estaba anuente a ser sacrificado, pues siendo un joven vigoroso, podría haber resistido a su anciano padre. Pero voluntariamente se sometió para ser atado, y aceptó ser colocado en el altar. ¡Cuán pocos hijos hay así! ¿Cómo pudo entregarlo Abraham? ¿Pocos hijos así, dije? No puedo aplicar ese término a Cristo, el Hijo de Dios, porque nunca hubo otro como Él. Si hablo de su humanidad, ¿quién obedeció alguna vez a su padre como Cristo obedeció a su Dios? “Aunque era Hijo, aprendió la obediencia.” Era su alimento y

su bebida hacer la voluntad de quien lo había enviado. “¿No sabíais,” dijo “que en los asuntos de mi Padre me es necesario estar?” Y, sin embargo, a este Hijo obediente, a este Hijo de hijos, no lo dispensó Dios, sino que desenvainó su espada contra Él, y lo entregó a la agonía y al sudor sangriento, a la cruz y a la misma muerte. ¡Qué poderoso amor debió haber conducido al Padre a esto! Es imposible medirlo—

***Tan extraño, tan sin fronteras fue su amor
Que se apiadó de los hombres moribundos,
Que el Padre envió a Su Hijo, Su Igual
Para darles vida nuevamente a ellos.***

No se debe olvidar, tampoco, que *alrededor de Isaac se agrupaban misteriosas profecías*. Isaac debía ser la semilla prometida por la que Abraham viviría para la posteridad y por siempre sería una bendición para todas las naciones. ¡Pero qué profecías se acumulaban sobre la cabeza de Cristo! ¡Qué cosas gloriosas se dijeron de Él antes de su venida! Él era la semilla conquistadora destinada a romper la cabeza del dragón. Él era el mensajero del pacto, sí, el pacto mismo. Fue profetizado como el Príncipe de Paz, el Rey de reyes, y el Señor de señores. En Él había más revelación de Dios que en todas las obras de la creación y de la providencia. Sin embargo esta persona augusta, este heredero de todas las cosas, Admirable, Consejero, Dios Fuerte, Padre Eterno, Príncipe de la Paz, debe inclinar su cabeza al golpe de la venganza sagrada, siendo entregado como la víctima propiciatoria para todos los creyentes; el Cordero de nuestra pascua, la víctima por nuestro pecado.

Hermanos, he dejado las aguas poco profundas, y me interno en alta mar esta noche; nado en una gran profundidad, no encuentro fondo, y no veo la costa; me hundo en profundidades de admiración. Mi alma más bien quisiera meditar que intentar expresarse por medio de palabras. En verdad, el tema del don inexpresable de Dios, si lo quisiéramos comprender en su anchura y en su longitud, es más bien para considerarse a puerta cerrada que para el púlpito, más bien para ser meditado cuando se reflexiona a solas a la puesta del sol, que para ser comentado en la gran asamblea.

Aunque hablemos con las lenguas de los hombres y de los ángeles, no podemos alcanzar la altura de este gran argumento. Dios nos dio a Uno, que es de tal naturaleza, que el mundo no pudo encontrar a su igual, ni el cielo revelar a alguien parecido. Nos dio un tesoro tan inapreciable que si el cielo y la tierra fueran pesados como el oro fino del joyero, no podrían comprar algo igual. A nosotros se nos dio al que sobresale entre diez mil y al todo deseable. Por nosotros fue puesta en el polvo la cabeza del oro más fino, y los cabellos ondulados de un negro brillante fueron manchados con sangre coagulada. Por nosotros aquellos ojos que son

suaves como los ojos de las palomas, se enrojecieron por el llanto y fueron lavados con lágrimas en vez de leche. Por nosotros esas mejillas que eran como almácigos de especias aromáticas, fueron escupidas y manchadas y su rostro como el del Monte Líbano, excelente como los cedros, desfigurado más que los hijos de los hombres. Y todo esto fue por el designio y ordenamiento del Padre; de acuerdo al eterno propósito escrito en el volumen del Libro.

El paralelo es muy claro en *el prefacio del sacrificio*. Vamos a explicarlo en pocas palabras. Abraham tuvo tres días para pensar y considerar la muerte de su hijo; tres días para ver ese rostro amado y para anticipar la hora en la que tendría la palidez de hielo de la muerte. Pero el Padre Eterno sabía de antemano y había ordenado el sacrificio de su Unigénito Hijo, no tres días ni tres años, ni tres mil años, sino que antes que fuera la tierra fue Jesús para su Padre, “el Cordero inmolado desde la fundación del mundo.” Mucho antes de su nacimiento en Belén, se había dicho anticipadamente: “Todos nosotros nos descarriamos como ovejas; cada cual se apartó por su camino. Pero Jehovah cargó en él el pecado de todos nosotros.” Fue un decreto eterno que, del arduo sacrificio del Redentor, se levantara una semilla que debía servirle, siendo comprada por su sangre. ¡Cuánta perseverancia de amor desinteresado hubo aquí! Hermanos, permítanme que me detenga y adore, porque no puedo seguir predicando.

Siento vergüenza ante la presencia de un amor tan maravilloso. No puedo entenderte Oh, grandioso Dios. Yo sé que no te mueven las pasiones ni te afecta el dolor como les afecta a los hombres; por consiguiente no me atrevo a decir que sentiste tristeza ante la muerte de tu Hijo. Pero ¡oh! sé que no eres un Dios de piedra, impasible, incommovible. Tú eres Dios, y por consiguiente no podemos concebir cómo eres; pero sin embargo tú te comparas a ti mismo con un padre que tiene compasión de un hijo pródigo. ¿Nos equivocamos, entonces, si pensamos en ti como angustiado por tu Hijo amado cuando fue entregado a las angustias de la muerte? Perdóname mi trasgresión al imaginar así tu corazón de amor, pero seguramente fue un costoso sacrificio el que hiciste, ¡costoso aun para Ti!

No hablaré de Ti acerca de este tema, oh mi Dios, porque no puedo. Pero voy a pensar reverentemente en Ti y me maravillaré de cómo pudiste mirar tan consistentemente a través de las largas edades y determinar tan resueltamente el poderoso sacrificio, la generosidad sin medida de someter a tu Hijo querido a una muerte atroz por nosotros.

Recuerden que Abraham *preparó con sagrada previsión todo lo necesario para el sacrificio*. Como les mostré esta mañana, se convirtió en

un gabaonita para Dios, actuando como un leñador y preparando el combustible para quemar a su hijo. Preparó el altar y llevó el fuego, preparando todo lo necesario para el doloroso servicio. ¿Pero qué diré del grandioso Dios quien, a través de las edades, estuvo preparando constantemente a este mundo para el más grandioso acontecimiento de su historia, la muerte del Dios Encarnado?

Toda la historia se centró en este punto. Me atrevo a decir que todo acontecimiento, grande o pequeño que alguna vez alteró a Asiria, o sacudió a Caldea, o turbó a Egipto, o castigó a Judea, tuvo como su último fin la preparación del mundo para el nacimiento y el sacrificio de Cristo. La Cruz es el centro de toda la historia. Hacia ese centro, desde las edades antiguas, apunta todo; desde ese centro todo procede hasta nuestro días y hacia atrás de ese centro todo puede ser trazado. ¡Cuán profundo es este tema, y sin embargo cuán verdadero! ¡Dios estuvo preparando siempre la entrega del Hijo amado para la salvación de los hijos de los hombres!

No nos demoraremos, sin embargo, en el prefacio del sacrificio, sino que avanzaremos en humilde adoración para contemplar *el acto mismo*. Cuando Abraham llegó por fin al Monte Moriah, *pidió a sus siervos que permanecieran al pie de la colina*. Ahora, recojan sus pensamientos y vengán conmigo al Calvario, al verdadero Moriah. Al pie de esa colina Dios les ordenó a todos los hombres que se detuvieran. Los doce apóstoles han estado con Cristo en el viaje de su vida, pero no deben estar con Él en las angustias de su muerte. Once van con Él a Getsemaní: sólo tres se pueden acercar a Él en su pasión; pero cuando llega la culminación de todo, lo abandonan y huyen; Él lucha solo la batalla. “He pisado el lagar yo solo,” dijo Él, “de los pueblos nadie estuvo conmigo.” Aunque alrededor del Calvario se reunió una gran multitud para ver morir al Redentor, sin embargo *espiritualmente* Jesús estaba allí solo con el Dios vengador. La maravillosa transacción del Calvario en cuanto a su esencia real y a su espíritu, se completó en solemne secreto entre el Padre y el Hijo. Abraham e Isaac estaban solos. El Padre y el Hijo estuvieron igualmente solos cuando Su alma fue hecha sacrificio por el pecado.

¡Observen también que *Isaac cargó la madera!* Una imagen fiel de Cristo cargando su cruz. No era común que cada malhechor tuviera que cargar la cruz que después lo cargaría a él, pero, en el caso de nuestro Señor y por un exceso de crueldad, unos hombres malvados le hicieron cargar su cruz. Con una maravillosa exactitud de tipo profético, Dios ordenó que, así como Isaac llevó la madera hasta el altar, así Cristo debió cargar su cruz hasta el lugar de condenación.

Un punto digno de atención es que se dice, como lo encontrarán si leen el capítulo de Abraham e Isaac, que “se fueron los dos juntos.” El que iba a herir con el cuchillo, y el que iba a ser la víctima, caminaron y su conversación era de paz hacia el altar, “se fueron los dos juntos,” estando de acuerdo en su corazón. Para mí es delicioso reflexionar que Jesucristo y su Padre caminaron juntos en el trabajo de amor redentor. En esa grandiosa obra por la que somos salvos, el Padre nos dio a Cristo, pero Cristo igualmente se nos dio a Sí mismo. El Padre fue a la venganza vestido con la túnica de amor al hombre, y el Hijo fue para ser la víctima de esa venganza con el mismo amor en Su corazón.

Prosiguieron juntos, Abraham e Isaac, y, al fin, *Isaac fue atado*, atado por su padre. Así fue atado también Cristo, y Él dice: “No tendríais ninguna autoridad contra mí, si no te fuera dada de mi Padre.” Cristo no hubiera podido ser atado por Judas, ni por Pilatos, ni por Herodes, si el Padre Eterno no lo hubiera atado virtualmente y entregado en las manos del verdugo. ¡Alma mía, ponte de pie y asómbrate! El Padre ata a su Hijo; es Dios tu Padre quien ata a tu Hermano Mayor, y lo entrega a hombres crueles para que sea ultrajado, escupido y clavado en el madero para morir.

El paralelo va todavía más lejos, porque cuando el padre ata a la víctima, *la víctima quiere ser atada*. Como ya lo mencionamos, Isaac podría haberse resistido, pero no lo hizo; no hay huellas de resistencia; no hay ni siquiera señales de un susurro. Lo mismo ocurrió con Jesús. Fue con júbilo hasta el lugar del sacrificio, deseoso de entregarse por nosotros. Él dijo: “Nadie me quita la vida, sino que yo la pongo de mí mismo. Tengo poder para ponerla, y tengo poder para volverla a tomar.”

Veán como se mantiene el paralelo, y al mirar al padre terrenal, con angustia en su rostro, a punto de clavar el cuchillo en el corazón de su querido hijo, tienen frente a ustedes, tan aproximadamente como las imágenes terrenales pueden describir las cosas celestiales, el reflejo del Padre divino en el momento de entregar al Hijo amado, al justo por el injusto, para que nos pueda traer a Dios. Aquí hago una pausa. ¿Qué más puedo decir? No es, como dije antes, un tema para las palabras, sino para las emociones del corazón, para los besos de sus labios, y las lágrimas de su alma.

Pero el paralelo todavía se mantiene un poco más, después de haber sido suspendido por un momento, *Isaac fue restituido otra vez*. Estaba atado y colocado sobre el altar, el cuchillo estaba listo, y en espíritu había sido entregado a la muerte, pero fue liberado. Dejando ese hueco, en el que Cristo no es tipificado completamente por Isaac, sino por el carnero, también fue liberado Cristo. Él vino otra vez, el Hijo viviente y

triunfante, después de haber estado muerto. Isaac fue tenido por muerto tres días por Abraham, y al tercer día el padre se gozó al bajar la montaña junto con su hijo. Jesús estaba muerto, pero al tercer día se levantó otra vez. ¡Oh! El gozo en la cumbre de esa montaña, el gozo de los dos cuando se reunieron con los siervos que estaban esperando, ambos librados de una gran prueba. Pero, ¡ah! no puedo decirles cuánto gozo había en el corazón de Jesús y el grandioso Padre cuando terminó el tremendo sacrificio, y Jesús había resucitado de entre los muertos; pero, hermanos y hermanas, lo sabremos un día, porque entraremos en el gozo de nuestro Señor.

Es una cosa atrevida hablar de Dios como movido por el gozo o afectado por la tristeza, pero, como no es un Dios de madera y piedra, no es un bloque insensible, podemos declarar, hablando a la manera de los hombres, que Dios se agradó con sumo gozo por su Hijo resucitado, y el Hijo se gozó porque su gran obra había sido cumplida. Al recordar ese pasaje del profeta, en donde Dios habla de sus santos, y declara que se alegrará por ellos con cantos, qué pasa si digo que mucho más lo hizo por su Hijo, y, apoyándose en su amor, se alegró por el Resucitado, con júbilo y cantos.

¿Qué siguió después de la liberación de Isaac? Ustedes han escuchado esta mañana, que a partir de ese momento *el pacto fue ratificado*. Justo al pie de ese altar, el ángel declaró el juramento en el que Dios juró por Él mismo. Queridos hermanos, el Salvador resucitado, después de haber sido sacrificado, ha confirmado el pacto de gracia, el cual permanece firme para siempre sobre las dos cosas inmutables por las cuales es imposible que Dios mienta.

Isaac, también, *había sido ese día el medio para mostrar a Abraham la gran provisión de Dios*. Ese nombre, Jehovah-yireh, fue nuevo para el mundo; fue entregado a los hombres ese día desde el Monte Moriah; y en la muerte de Cristo los hombres ven lo que nunca podrían haber visto, y en su resurrección contemplan resuelto el más profundo de los misterios. Dios ha provisto lo que necesitaban los hombres. El problema era, ¿cómo pueden ser perdonados los pecadores? ¿cómo se puede quitar el mal del pecado? ¿cómo pueden llegar a ser santos los pecadores, y cómo hacer que quienes son buenos tan solo para ser quemados en el infierno, puedan cantar en el cielo? La respuesta está más allá, donde Dios entrega a su Unigénito para que se desangre y muera en lugar de los pecadores, y luego llama a ese Unigénito para que se levante en gloria de la tumba. “Jehovah-yireh,” debe leerse a la luz que fluye de la cruz. “El Señor proveerá” es contemplado sobre el Monte Calvario como en ningún otro lugar del cielo o de la tierra.

Así he intentado mostrar el paralelo, pero estoy consciente con tristeza de mi falta de poder. Siento como si les estuviera dando a ustedes simplemente bosquejos, tal como los dibujan los estudiantes con tiza o carbón. Ustedes deben completarlos; hay abundante espacio: Abraham e Isaac, el Padre y Cristo. En proporción a la ternura y amor con que puedan entrar en la maravilla del sacrificio de Abraham, así, pienso que por la amorosa y afectuosa enseñanza del Espíritu Santo, ustedes pueden entrar en la trascendental maravilla del sacrificio de Cristo a favor de los hombres.

II. Pero ahora, en segundo lugar, tengo que SUGERIR ALGUNOS PUNTOS EN LOS QUE NO SE SOSTIENE EL PARALELO.

Lo primero es esto, *Isaac iba a morir de todas maneras en el curso natural de su vida.* Cuando fue ofrecido por su padre, fue solamente un poco en anticipación de la muerte que con el tiempo debía ocurrir. Pero Jesús es “el único que tiene inmortalidad.” Y quien no necesitaba morir nunca. Ni como Dios ni como hombre había algo en Él que lo sujetara a los lazos de la muerte. Para Él, el Hades era un lugar en el que no necesitaba entrar nunca, y el sepulcro y la tumba estaban firmemente cerrados para Él, porque no habían semillas de corrupción en su sagrado ser. Sin la mancha del pecado original, no había necesidad que su cuerpo se rindiera al golpe mortal. Ciertamente, aunque murió su cuerpo no vio corrupción; Dios lo había protegido de ella. Así pues Isaac debe morir, pero Jesús no tiene necesidad de ello. Su muerte fue puramente voluntaria y en esto es única, y no puede ser comparada con las muertes de los otros hombres.

Más aún, *hubo una orden sobre Abraham para que diera a Isaac.* Admito la alegría de su ofrenda, pero la más elevada ley a la que estaba sujeta su naturaleza espiritual, sometía al creyente Abraham a hacer lo que Dios le mandaba. Pero ninguna presión se puede ejercer en el Altísimo. Si entregó a su Hijo, fue en medio de la más grande libertad. ¿Quién merecería que Cristo muriera por él? Aunque hubiéramos sido la perfección misma, y sin pecado como los ángeles, no hubiéramos podido merecer un don como éste. Pero, mis hermanos y hermanas, estábamos llenos de maldad; odiábamos a Dios; continuábamos las trasgresiones contra Él; y sin embargo por puro amor a nosotros realizó este milagro de gracia: dio a su Hijo para que muriera por nosotros. ¡Oh! Amor sin ninguna obligación, espontáneo: una fuente que brota de lo profundo de la naturaleza divina, amor no solicitado y no merecido! ¿Qué debo decir de ello? ¡Oh Dios, sé bendito por siempre! ¡Aún los himnos del cielo no pueden expresar las obligaciones de nuestra raza culpable hacia tu libre amor en el don de tu Hijo!

Más aún, recuerden que *Isaac no murió, después de todo, pero Jesús sí*. Los cuadros fueron casi tan exactos como podrían ser, porque el carnero fue atrapado en el matorral, y el animal fue sacrificado en lugar del hombre; en el caso de nuestro Señor Él fue el sustituto por nosotros, pero no hubo sustituto para Él. Tomó nuestros pecados y los llevó en su propio cuerpo sobre el madero. Él fue quien sufrió personalmente. No nos redimió por medio de un intermediario, sino que Él mismo sufrió por nosotros; en *propia persona* entregó su vida por nosotros.

Y aquí viene otro punto de diferencia, a saber, que *Isaac, aunque hubiera muerto, no hubiera podido morir por nosotros*. Hubiera podido morir por nosotros como un ejemplo de cómo debiéramos renunciar a la vida, pero eso hubiera sido una pequeña bendición; no hubiera sido una mayor bendición que la que ofrece el evangelio de los unitarios que presenta a Cristo como muriendo como ejemplo para nosotros. Oh, pero amados míos, la muerte de Cristo permanece completamente sola y aparte, porque es una muerte enteramente por otros, y soportada sola y exclusivamente por el amor desinteresado hacia los caídos.

No hay ningún dolor que desgarré el corazón del Salvador que se hubiera necesitado si no fuera por el amor a nosotros; ni una gota de sangre que goteó de Su cabeza coronada con espinas o de aquellas manos atravesadas que necesitara ser derramada, si no fuera por afecto a quienes no lo merecen, como somos nosotros ¡Y vean lo que ha hecho por nosotros! Ha obtenido nuestro perdón; los que hemos creído en Él somos perdonados. Él ha obtenido nuestra adopción; somos hijos de Dios en Jesucristo. Él ha cerrado las puertas del infierno para nosotros; no podemos perecer, ni nadie nos puede arrebatarnos de sus manos. Ha abierto las puertas del cielo para nosotros; estaremos con Él en donde Él está. Nuestros propios cuerpos sentirán el poder de su muerte, porque se levantarán otra vez al sonido de la trompeta en el último día. Él fue entregado por nosotros, su pueblo, “por todos nosotros;” Él soportó todo por su pueblo, por todos los que confían en Él, por cada hijo de Adán que se arroja sobre Él; para cada hijo e hija del hombre que confíe solamente en Él para su salvación. ¿Fue entregado por ti, querido lector? ¿Tienes tú parte en su muerte? ¿Si es así, acaso te debo presionar cuando llegas a esta mesa para que pienses en el don del Padre y en el Padre mismo? ¿Necesito urgirte con ojos llenos de lágrimas y con el corazón derretido cuando recibes los emblemas de la pasión de nuestro Redentor, para que mires a su Padre y a Él, y con humilde adoración admires ese amor que no he podido describir y que tú no vas a poder medir?

Nunca me sentí, creo, en toda mi vida, tan completamente avergonzado de las palabras y más listo para abandonar el discurso,

porque los pensamientos del amor de Dios son demasiado pesados para los hombros de mis palabras; son una carga en todas mis frases, y las aplastan; aún el pensamiento mismo no puede soportar esa tremenda carga. Aquí hay un abismo, un profundo abismo, y nuestra barca no sabe como navegar sobre el. Aquí el abismo llama al abismo y nuestra mente es tragada en la amplitud e inmensidad de las olas de amor que se levantan alrededor de nosotros. Pero lo que la razón no puede medir, la fe lo puede alcanzar, y lo que nuestro entendimiento no puede comprender, nuestro corazón lo puede amar, y lo que no les podemos decir a otros lo podemos susurrar en el silencio de nuestros espíritus para nosotros mismos, hasta que nuestras almas se inclinen con la más humilde reverencia ante el Dios cuyo nombre es Amor.

Para terminar, siento que debo de decir que puede haber alguien para quien esto no es más que una historia sin sentido. ¡Ah! Mi corazón se quebranta cuando pienso en ustedes que continúan pecando contra su Hacedor y lo olvidan cada día, como lo hace la mayor parte de ustedes. Su Hacedor da a su propio Hijo para redimir a sus enemigos, y viene a ustedes hoy y les dice que si ustedes se arrepienten de sus pecados, y se confían en las manos de su Hijo amado que murió por los pecadores, serán salvos, pero, ¡ay! no quieren hacerlo; tan malo es el corazón de ustedes, que se vuelven contra su Dios y se vuelven contra Su misericordia.

¡Oh! Dicen: “¿No me volveré contra Él ya más?” ¿Se ha avivado la ternura de ustedes? ¿Desean ser reconciliados con el Dios al que han ofendido? Pueden ser reconciliados; van a ser reconciliados hoy, si ustedes se entregan a Dios, su Padre, y a Cristo su Salvador. El que crea en Él no perecerá, sino que tendrá vida eterna, porque éste es su Evangelio, “el que cree y es bautizado será salvo; pero el que no cree será condenado.” Espero que nunca conozcan lo que es esa condena sino más bien que Su gracia les pertenezca. Amén.

<http://www.spurgeon.com.mx>

Oren diariamente por los hermanos Allan Roman y Thomas Montgomery, en la Ciudad de México. Oren porque el Espíritu Santo de nuestro Señor los fortifique y anime en su esfuerzo por traducir los sermones del Hermano Spurgeon al español y ponerlos en Internet.

Sermón #869 – Volume 15

The Gospel of Abraham's Sacrifice of Isaac